

La fe ante la increencia de la España de los 90

Un reciente estudio sobre creencia e increencia en España *colorea* la realidad opaca latente tras las cifras de increyentes, indiferentes, no practicantes y practicantes que reflejan otras encuestas. Fue presentado en las *III Jornadas sobre Fe e Increencia* organizadas por los jesuitas españoles, que tuvieron lugar en septiembre. El autor, sin resumir dicho estudio, extrae del mismo unos brochazos de la situación española, acompañados de sus reflexiones personales y propone unas primeras líneas de respuesta. El resultado más importante del estudio ha sido poner de relieve el carácter *cultural* de la increencia en la España de los 90.

Gabino Uribarri, S.J. *

«La fe es una manera de existir socialmente detectable, que para una gran parte de los españoles no merece la pena» (A. Tornos).

ASI podríamos sintetizar bruscamente y sin matices el resultado de un estudio sociológico sobre fe e increen-

* Profesor de Teología en la Universidad Pontificia Comillas. Madrid

cia en la sociedad española (1), presentado en las *III Jornadas sobre Fe e Increencia* organizadas por la Compañía de Jesús española, que tuvieron lugar en Majadahonda del 8 al 11 de septiembre de este año. No pretendo ahora resumir objetivamente el contenido de dicho estudio ni detallar todas las reacciones de los asistentes. Tampoco se trata de una versión ni oficial ni oficiosa de las mismas. Lo que presento son mis notas personales elaboradas tras estas jornadas, bajo la sospecha presuntuosa de que puedan servir a otros como estímulo a su oración y reflexión o como aliciente para acudir directamente a dicho informe. Un buen número de las ideas y de las sugerencias que esbozo las he escuchado a los ponentes o a los participantes. Voy a dividir mi exposición en dos partes. Primero indicaré algunos de los datos del estudio que más me han impactado. Después insinuaré algunas líneas por donde podría ir la respuesta misionera de los creyentes.

Fe e increencia en nuestra cultura

INSISTO en que no es un resumen del estudio, mucho más complejo, completo y matizado que estas notas. Recojo algunos brochazos, seleccionando lo que a mí subjetivamente más me ha llamado la atención o me ha parecido de mayor envergadura.

La fe en nuestra cultura

A la gente de nuestra sociedad no le interesa lo de Dios (J. Gómez Caffarena). Así, lapidariamente. Una gran masa de gente vive sin Dios y no le echa de menos, no advierte ninguna

(1) El estudio ha sido realizado por dos empresas especializadas en estudios de mercado: Tais Investigación, bajo la coordinación de L. F. Vilchez y Riddel Investigación, a cargo de R. Aparicio, con la colaboración de A. Tornos y X. Quinzá. Sólo se investigaron zonas urbanas: Barcelona, León, Madrid, San Sebastián, Sevilla y Valencia. Se hicieron tres estudios diferentes, con tres muestras distintas, manejando tres técnicas de investigación sociológica de tipo cualitativo diversas. La convergencia entre los resultados es enorme. La secretaría y organización corrió a cargo del instituto Fe y Secularidad. El estudio va a ser publicado bajo los auspicios del Provincial de España.

carencia grave en su vida. No le hace falta para nada en su vida diaria, no le necesita, se siente francamente cómoda sin El. Como el grupo mayoritario de los atenienses del areópago a los que habló Pablo (cf. Hch 17, 16s). El fenómeno social preponderante no es el ateísmo combativo, intelectualmente potente, racionalmente articulado. Tampoco predomina el agnosticismo razonado, sufriente por no encontrar una respuesta a grandes interrogantes existenciales, como el mal o la muerte. Simplemente impera la indiferencia religiosa crasa, el desinterés tranquilo, difícilmente sacudible, la ignorancia. Lo común es la ausencia de anhelo de Dios. En definitiva, lo que a nivel más coloquial se denomina simple pasotismo.

La afirmación anterior puede parecer muy tajante y demoledoramente desconsoladora para los creyentes. Lo es. Por ello, la reacción instintiva de los que asistimos a las Jornadas fue relegar a un segundo plano la crudeza con que se nos había puesto la realidad delante de los ojos. No pocos se preguntaban por la fiabilidad de los estudios cualitativos, hoy en día habituales en los estudios de mercado, practicados por los sociólogos durante años en los que han contrastado y perfilado los métodos, sustentados por una teoría sociológica críticamente elaborada de la sociedad y los procesos sociales. Ya resulta significativo que nos cueste asimilar el «mazazo». Sin embargo, el estudio no hace sino recoger de una manera más sistemática y elaborada la experiencia con la que nos topamos a diario en los ambientes eclesiales. Lo ilustraré con tres ejemplos nada rebuscados.

Primero, no hay más que asistir a misa un domingo en cualquier parroquia de barrio de España para constatar dos hechos. Primero, para detectar la escasez general de público, la presencia muy pobre de jóvenes adultos y de jóvenes, la predominancia de la tercera edad. Segundo —con perdón de mis compañeros y sin excluirme—, para fenecer de aburrimiento, a veces alcanzando el límite de lo supino, que supone la eucaristía dominical. Esta caricatura desgraciadamente es tan triste como real en un número muy abultado de casos.

Segundo, son escasísimas las parroquias en las que se logra una continuidad activa en la vida parroquial de los que pasan por las diversas catequesis. La cantinela más frustradamente repetida suena así: del batallón numeroso de los niños de primera comunión, apenas sigue un grupito en postcomunión, de los de confirmación, muchos menos de la mitad se incorporan como cristianos activos y comprometidos a la comunidad. Lo mismo se podría decir de la catequesis con los padres para el bautismo

o de las parejas que deciden libremente celebrar sacramentalmente su unión.

Tercero, el pelotón de los que acuden a los colegios y universidades confesionales no se distingue en sus prácticas y convicciones religiosas de los otros centros. Los padres buscan más la calidad académica que la educación religiosa, pues ésta no siempre, y cada vez menos, encuentra un apoyo explícito en la familia. Los centros de enseñanza confesionales no educan ya mayoritariamente a alumnos cristianos, con una fe personal asumida. Además, parece que no aciertan a contagiar y transmitir lo que pregona su ideario. Según uno de los tres estudios realizados, el centro confesional no aparece como un lugar generador de fe.

Se mire por donde se mire, la transmisión generacional de la fe se ha roto, muchos han abandonado la creencia e incluso el mismo tono de fe de los creyentes se asemeja a una luz mortecina. El estudio ya citado contiene la sana virtualidad de ponernos ante una realidad que intuíamos, pero cuya extensión y gravedad no queremos admitir. A mi modo de ver la gravedad, raíz de la extensión, reside precisamente en el carácter cultural de la increencia. Entiendo la cultura en su sentido antropológico (cf. GS 53). Es decir, no me refiero a las realizaciones más elevadas del espíritu de un pueblo, el español contemporáneo en nuestro caso, en el terreno artístico, científico o filosófico. La cultura es la forma como un pueblo, un grupo humano, razona, se organiza y celebra la vida; la forma compartida y popular de entender la marcha de la vida diaria (2). Igual que el cristianismo naciente era culturalmente ajeno al mundo romano o a la civilización helenista, la fe expresa en Jesucristo resucitado y la confianza en su Iglesia son hoy un cuerpo extraño en el sentir común de los españoles (3). Esto se traduce en múltiples rasgos, algunos de los cuales mencionaré más adelante. Así se explica, por ejemplo, que la increencia avance a pesar de una Iglesia en muchas ocasiones más evangélica, más servicial, más pobre y despojada de poder; que resulte ambientalmente

(2) Cf. M. SINGER: «Cultura. I Concepto» en: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales III* (1974), 298-311. Ver también *Evangelii Nuntiandi* (= EN) de Pablo VI, esp. 19-20, a la que aludiré más adelante.

(3) «Tenemos que redescubrir la creatividad apostólica y el poder profético de los primeros discípulos en su encuentro con las primeras culturas. La palabra de Cristo tiene que aparecer con su fuerza original ante las generaciones jóvenes, cuyas actitudes son a veces difíciles de entender para las cabezas tradicionales, sin que sean actitudes cerradas a los valores del Espíritu» (Juan Pablo II, *Al Consejo pontificio para la cultura*, 18-1-83).

difícil creer; que aparezcan formas «salvajes» de fe y, sobre todo, que la fe sea irrelevante para la vida cotidiana.

¿Es que entonces ha desaparecido totalmente la fe? No. La fe no ha desaparecido totalmente, si bien ni es mayoritaria ni redundante en una vida más plena según el parecer de muchos. Se ha replegado a ambientes intimistas, confidenciales y subjetivos: a los cenáculos y las sacristías. La fe sólo tiene una presencia social detectable en círculos expresamente creyentes o de gran intimidad. En los casos en los que se aborda la fe, el lugar preponderante donde se hace es en la familia, a buena distancia del resto. De ahí la importancia crucial de la pastoral familiar. Los otros lugares en los que socialmente está presente la fe son los servicios religiosos, las fiestas populares y, todavía menos, en asociaciones libres de carácter religioso. La pregunta surge espontáneamente: ¿puede una fe intimista ser la fe en el Señor resucitado, que envía a sus discípulos a proclamar la buena nueva a todas las gentes (cf. Mt 28, 19-20)?

La igualdad cultural entre creyentes e increyentes

OTRO de los resultados más importantes del estudio ha sido detectar que creyentes e increyentes poseen la misma cultura. Dicho de otra forma, el cambio cultural que produce masivamente la increencia afecta por igual a los creyentes. Esto se hace evidente, a modo de ejemplo, en los aspectos que seguidamente menciono.

En la vida cotidiana no hay diferencia entre creyentes e increyentes. La fe no afecta a la vida cotidiana (4). Un vecino es creyente, otro increyente. Pues bien, en sus vidas cotidianas: comportamiento en el trabajo, lo que se percibe desde fuera de la relación intrafamiliar, manejo del dinero, etc., no aparece la fe del primero como una marca distintiva. El vecino creyente pasa socialmente despercebido. Para la vida cotidiana da igual la fe que su ausencia. La única marca social pudiera ser la misa dominical.

Por ello, no extraña que según el estudio, es decir, según el sentir común en la cabeza de los españoles, los creyentes aporten muy poco a la

(4) En crasa contradicción con EN 29.

sociedad. Si no hubiera creyentes no se percibiría un vacío significativo y grave en la sociedad. Si se me permite un ejemplo despiadado, sucedería lo mismo que con el periódico *Ya*, de la editorial católica. Ha pasado a un muy segundo plano en la prensa nacional y ya no pertenece a dicha editorial. ¿Quién echa de menos en la población española un diario (semi) confesional? La pluralidad que percibimos en la prensa aparece para la gran mayoría, también de creyentes, como algo «normal», sin lamentar la ausencia de lo explícitamente cristiano como un déficit cultural tremendo. Además, si no fuera así, el diario *Ya* habría mantenido su tirada mientras permaneció bajo la tutela episcopal.

De ahí que, otro de los resultados, no sea extraña la presencia de un *continuum* entre creencia e increencia. Fácilmente se pasa de momentos de creencia fuerte y oración intensa, por ejemplo ante la muerte de un familiar, a la indiferencia o a la increencia. Y viceversa. Muchos viven su fe a ráfagas, episódicamente.

No hay marcas claras de la identidad cristiana en nuestra sociedad. Recuerdo que en la cuaresma anterior, el telediarario de la TV francesa explicó que el miércoles de ceniza daba comienzo a la cuaresma. Para dar a entender al gran público televidente qué es la cuaresma, dijo que era algo así como «el ramadán cristiano». A lo cual cabría añadir que los cristianos se toman la cuaresma menos a pecho que los musulmanes el ramadán, pues, ¿es que se nos nota algo a los cristianos cuando llega la cuaresma?

Dentro de nuestra cultura está muy arraigada la paridad de valor entre lo creyente e increyente. Los creyentes entienden que las alternativas profanas a la religión son igualmente válidas y dignas de aprecio. En su interacción espontánea, no exponen su manera de ver la vida, de enfrentar la muerte, de enfocar la acción moral, de comprenderse como miembros de la humanidad como objetivamente mejor que la de los increyentes. Simplemente es la suya y les resulta buena para ellos. La han ganado mediante experiencias individuales o la han recibido de sus mayores y han decidido mantenerla. Igualmente los no creyentes aceptan que puede enfocarse la vida, la muerte y el comportamiento ético en clave religiosa. Eso es respetable. Mas no es mejor ni más convincente ni más ventajoso. Si alguien dice que lo suyo es «objetivamente mejor», en seguida se le tilda de fanático o de fundamentalista, con lo que pierde toda credibilidad para el diálogo. Se le considera fuera de los mínimos de tolerancia y respeto exigibles. Por ello, la insistencia doctrinal en la superioridad obje-

tiva de lo cristiano no parece una estrategia pastoral recomendable. Quizá fuera más provechoso apelar a la historia y el mensaje de Cristo, validado a través de una historia larga, tortuosa, cargada de éxitos y fracasos; un mensaje que se dirige a todos, ante el que han de definirse.

Dos ejemplos pueden ilustrar la verdad de que los creyentes, al menos muchos, consideramos de hecho, en nuestro sentir espontáneo, paritariamente válidas las alternativas profanas. No sentimos las vidas sin Dios de nuestros familiares más cercanos como perdidas, vanas, hueras y carentes de todo sentido. No nos consumimos en horas de oración desconsolada, ni caemos postrados, afligidos por tamaña desgracia. Reconocemos la valía, la dignidad, la belleza de la lucha profesional honrada, del cuidado responsable por los hijos, los padres y el cónyuge. Tampoco denostamos en absoluto el compromiso altruista por razones humanitarias. Todo lo contrario, nos parece excelente y encomiable, tanto en su versión de lucha contra la pobreza, la marginación y la injusticia, como en la línea de defensa del medio ambiente.

La Iglesia: una imagen catastrófica y estereotipada

LA Iglesia es el primer referente para la fe. Se la ve y siente como lejana a la realidad, distante y anticuada. A la Iglesia se asocian imágenes estereotipadas como la sotana y el púlpito. Podemos reaccionar con una protesta airada, aseverando que esos estereotipos no responden a la realidad. No obstante, no podemos menos que reconocer con tristeza que ahí están, que representan el sentir común de la gente. Así es como se percibe a la Iglesia. Siempre se habla mal de ella, se la identifica con la jerarquía eclesiástica y lo que directamente depende de ella. En la imagen que circula de la Iglesia hay ausencias clamorosas: el laico, lo comunitario, lo cotidiano. No existe el creyente cercano como referente. Lo valioso de la fe está lejos: las monjas de Ruanda o los jesuitas de la UCA. Los «alejados» somos los varones y mujeres de la Iglesia, no la gente.

A pesar de ello, todavía hay expectativas ante la Iglesia. Se demanda de ella que pise tierra, que emplee un lenguaje comprensible, que sea más sensible a la situación de la mujer con cambios significativos en sus prácticas, que tome los valores humanos como programa evangélico, que res-

pete profundamente la persona y su conciencia. Resulta que la fe es un producto presente en el mercado «sin instrucciones de uso» (L. F. Vilchez). De ahí el deseo implícito de que la Iglesia eduque mejor en la fe (5) y ofrezca un seguimiento para madurar y crecer en la misma fe.

Esta imagen nos debería hacer recapacitar. ¿Por qué mantiene el estereotipo si no responde a la realidad? ¿Por qué están tan mal vistos los obispos y el Papa? ¿Por qué se asocia tanta gente a Juan Pablo II con aborto y moral sexual, como si fuera su único mensaje? ¿Por qué no han calado en la sociedad española algunos gestos fuertemente evangélicos de miembros de la jerarquía, se olvidan rápidamente y quedan sepultados por otras actuaciones? El obispo José Sánchez tiene un grupo de toxicodependientes en recuperación viviendo en su «palacio episcopal» desde hace un año, porque los vecinos se negaron taxativamente a que se habilitara un centro de recuperación. El obispo Nicolás Castellanos dejó su diócesis para irse a América Latina a trabajar sencillamente como un cura más. El obispo Ramón Buxarrais trabaja de capellán en un centro asistencial del municipio de Melilla, llevado por las Hijas de la Caridad, donde acogen a niños y ancianos, además de ser capellán de la cárcel a media jornada. La iniciativa de Juan Pablo II de pedir perdón a la humanidad por los pecados de la Iglesia ha despertado un eco muy favorable. ¿No podría la conferencia episcopal española sorprender con un gesto semejante, como inicio de una nueva relación más humilde con la sociedad?

La tarea de hoy: evangelizar la cultura

EL resultado patente de todo este estudio, leído desde la convicción creyente, es la llamada a la evangelización de la cultura (6). La evangelización de la cultura no consiste en un diálogo

(5) Esto encaja perfectamente con el éxito editorial del nuevo catecismo, por más que para la gran mayoría no haya supuesto un enriquecimiento más real de su cultura cristiana. El lenguaje del catecismo resulta inapropiado para lectores no iniciados en la jerga teológica.

(6) «La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que haya que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas» (EN 20). «El diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo es el terreno vital en el que se juega el destino de la Iglesia y el mundo durante este final de nuestro siglo XX» (Juan Pablo II, A la Asamblea extraordinaria de cardenales, 5-XI-79). Ver GS capítulo 2, de la II parte.

entre los especialistas eclesiásticos, en filosofía y teología por ejemplo, con los más destacados intelectuales de la sociedad española, para convencerles de la bondad de la fe. La evangelización de la cultura radica en «alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradores y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de la salvación» (EN 19). De una manera más sencilla, simple y desenmascaradora de nuestra realidad actual: «El criterio para el servicio a la fe en la cultura últimamente tendría que ser éste: que se entiendan las palabras de la fe, que se entiendan las obras de la fe, que den casi envidia las celebraciones de la fe» (7).

Esta tarea es a largo plazo. Su protagonista no son los individuos, sino las comunidades eclesiales. Debería pasar a ser el horizonte de nuestra preocupación pastoral. La inculturación de la fe es tan urgente en la España de los noventa, industrial, urbana, burocrática, consumista, postcristiana y posteclesial, como lo es entre los aguarunas del Amazonas o entre los ejecutivos japoneses de una multinacional nipona.

Llamadas a la fe

LAS líneas que ahora propondré no son un programa en cuanto tal de inculturación de la fe, como cabría lógicamente esperar, aunque tampoco son ajenas a esta tarea. Se trata de unas líneas de profundización y de acción misionera que surgen en una primera confrontación con el problema, sin ir al fondo de todas las cuestiones, sin provenir de un análisis cultural extenso y detallado. Por tanto, se inscriben más dentro de los buenos propósitos de un creyente de a pie que dentro de una estrategia pastoral concienzudamente elaborada. Voy a enumerar someramente una serie de sugerencias. Aunque las he agrupado en dos bloques, uno y otro se entremezclan más de lo que aquí esta clasificación refleja.

(7) A. TORNOS: *El servicio a la Fe en la Cultura de Hoy*. Madrid, Paulinas, 1987, pág. 35. Además de este pequeño folleto, muy clarito y tejido de citas del magisterio, puede verse como iniciación: A. TORNOS: *Actitudes de los creyentes y evangelización de la cultura*. Madrid, UPCo, 1992, 39 págs. De mayor dificultad, cf. entre otros, R. J. SCHREITER, *Constructing Local Theologies*, London, SCM, 1985.

Profundizar la fe

LA primera preocupación se dirige a profundizar nuestra fe (J. M. Fernández-Martos). No dar por sentado que no estamos imbuidos de increencia. Constatar que, más que nunca, nos resulta imprescindible una relación jugosa, tierna, gratificante y continua con las fuentes de la fe. En primer término con el Dios vivo y verdadero, oculto, escondido y desconocido, con el misterio de su bondad en medio de los dolores de nuestra vida y de la injusticia circundante. Ante todo, no domesticemos a Dios en un concepto vacío creado por nosotros mismos, en una idea abstracta, sin entrañas, sin voluntad que nos incomode y nos envíe.

En segundo lugar, todos los creyentes tenemos una tarea hacia dentro y hacia fuera de la Iglesia. Primero, creo que hemos de hacer lo que esté en nuestra mano para romper la identificación de la Iglesia con la jerarquía, por inexacta y contraproducente. Segundo, son muchos los creyentes que se sienten distantes de sus obispos, del Papa, que comulgan en muchos aspectos con la apreciación de la Iglesia reinante en círculos no creyentes. Incluso cuando hablan de la Iglesia se refieren exclusivamente a la jerarquía, no a la madre que les ha engendrado a la fe y les ha mostrado el rostro verdadero de Jesucristo. ¿No sería una tarea urgente para todos los cristianos españoles, con aquellos a los que se les ha encomendado el ministerio de la reconciliación a la cabeza (2 Cor 5, 18), mirar a nuestra Iglesia como a la mujer adúltera (Jn 8, 1-11) y reconocer que ninguno puede tirar la primera piedra? No creo que sea posible una evangelización de la cultura medianamente exitosa mientras, a grandes rasgos y con toda la simplificación que se quiera, siga reinando en nuestra Iglesia española la división entre los que aceptan la opción por los pobres (8) y la teología de la liberación, ciertamente muy comprometidos, misericordiosos pero en su mayoría lejanos a la jerarquía, y los que se alinean en movimientos más tradicionales y fieles a la actual jerarquía, construyendo su identidad más desde la identificación institucional y doctrinal. Esta división desgarrar y desangra estérilmente a la Iglesia española (cf. EN 77). El predominio de una de las corrientes, por ejemplo en la conferencia episcopal, sin capacidad de integrar a la otra sería una victoria pírrica.

(8) Me he definido al respecto en las páginas de esta revista: «Nuevos retos para la teología y la Iglesia europea»: *RAZON Y FE* 226 (Dic. 1992), 535-551, aquí 543-5

Desgraciadamente, no siempre tengo la impresión de que caminemos hacia esta integración. Me encantaría que esta labor fuera una *preocupación obsesiva* de nuestros pastores. Sin una relación mayoritariamente afectuosa y tierna de la gran mayoría de los creyentes con la Iglesia, incluyendo el aprecio de pastorearnos, me parece muy difícil que el testimonio cristiano, que realmente se da, pueda calar en la sociedad (9).

Muchos cristianos de comunidades de base y un número no pequeño de religiosas, religiosos y sacerdotes viven un gran compromiso por la justicia que mana de su fe (10). Mucho de lo que se hace en España en régimen de voluntariado solidario por los drogodependientes, emigrantes, enfermos del SIDA, presidiarios y ex presidiarios, prostitutas, adolescentes con fracaso escolar irrecuperable en la escuela y colectivos de este estilo está sostenido por cristianos y cristianas. Quizá nos falte —lo digo como pregunta— explicitar más nuestra fe ahí cuando sea posible, pues además, su vida hace creíble sus palabras; pasar del testimonio oculto e implícito, a la proclamación explícita (cf. EN 22, 32). También puede que sea oportuno cultivar más el aspecto estético de la fe, sin que aparezca con un componente ético comparativamente hipertrofiado. Sería lamentable mostrar a la sociedad una figura deformada de la fe, acromegálica, poco agradable. La celebración, la fiesta, la alabanza, el humor y lo divertido no se asocia a lo cristiano; al contrario, el estudio descubre que son lo triste, la pena y el dolor los campos que aparecen como más propios de la fe. Las conversaciones más profundas con los creyentes, que he tenido la suerte de mantener, muy frecuentemente desembocan en la acción de gracias. Pero luego nos la guardamos celosamente, no vaya a ser que se deteriore de manifestarla.

Personalmente estoy convencido de que el anuncio verbal aislado ha perdido toda credibilidad. Por ello, estimo que nuestra fe debe ir acompañada de gestos, de acciones simbólicas que la expresen. Por ejemplo peregrinaciones, colaboraciones in situ en el tecer mundo, inserción en el

(9) «Existe, por tanto, un nexo íntimo entre Cristo, la Iglesia y la evangelización. Mientras dure este tiempo de la Iglesia, es ella la que tiene a su cargo la tarea de evangelizar. Una tarea que no se cumple sin ella, ni mucho menos contra ella» (EN 16). Ver todo el resto del número.

(10) Sobre la necesidad de que el compromiso por la justicia acompañe y forme parte de la evangelización, cf. EN 30-31.

cuarto mundo, ayunos. ¿Qué pasaría si hiciéramos algunas comunidades un ayuno los viernes de cuaresma acompañado de una celebración breve y bien preparada? Cuando menos nos vendría bien para sentir nuestra fe en nuestras tripas y traducir en algo concreto el amor que predicamos a raudales.

En definitiva, lo que reclama nuestra situación cultural son comunidades que celebren significativamente el misterio del Señor Jesús, resucitador de sus vidas (S. Decloux). El primer paso podría ser la Eucaristía dominical. Que la gente que asiste se sumerja en un clima de oración, que a la animación musical se añadan unos cantos que tengan algo que ver con su vida de fe, que no se les castigue con una amonestación a los pocos fieles que han venido por las maldades de los que no asisten, sino que se les reconforte, anime y forme. En una palabra, bastaría con que en un 50 por 100 de las ocasiones se abandonara el templo con la sensación de que, de no haber venido, me habría perdido algo que ha merecido la pena. Las alternativas profanas a esto son mucho más aburridas y costosas que si lográramos este ideal. Basta con examinar la cartelera o la programación de TV.

Hacia un talante misionero

LA llamada hacia un talante misionero parece clara. Más difícil resulta detallar sus características específicas para nuestra circunstancia cultural. Entre lo que se me ocurre y lo que selecciono de lo que se dijo en las Jornadas, ofrezco estos apuntes iniciales, incompletos y sujetos a revisión.

Lo más urgente, me parece, sería una oferta inculturada de la salvación. En Europa no existe. La salvación que predicamos no interesa. A modo de ejemplo y sin ánimo de ofender a nadie, pues yo mismo repito estos lugares y otros similares: el perdón de los pecados, el sentido de la vida, el abrazo del Padre en una de las moradas de su casa, la mesa del banquete del Reino, la buena noticia a los pobres y cargados de dolores u otras formulaciones semejantes no enganchan con anhelos ni amenazas reales en la vida de nuestros contemporáneos. Esta tarea es muy delicada y de mucho calado. Sólo podrá proponerse como salvación inculturada aquello que la comunidad cristiana termine por sentir en su carne como salvación propia. La propuesta inculturada de salvación habría de traspasar

sar la indiferencia religiosa inquietando su tranquilidad con una oferta de identidad atractiva, envidiable.

Descuellan una serie de carencias notables. Hay espacios en los que la fe no aparece bien representada. Por ejemplo, en los medios de comunicación social o en la creación artística. No sé qué debería cambiar en la catequesis, tan meritoria en tantas parroquias, pero es evidente que algo falla. Quizá no enseñamos a los niños a rezar (11). O simplemente la cultura ambiental reseca en un momento lo que hemos sembrado trabajosamente. Sería deseable enriquecer el imaginario religioso, manteniendo las fiestas populares o quizá incluso aumentándolas, por ejemplo, con fiestas en los centros confesionales.

No podemos delegar la validación de la fe hoy en los intelectuales que descuellan en nuestras filas (Caffarena). Es tarea para todos los de a pie: en el colegio, en el barrio, en la parroquia, en la familia, en el hospital, en la universidad, en el trabajo. Es la hora de los testigos (12) (I. Iglesias; cf. EN 21, 41, 76) y de «las pequeñas comunidades escandalosamente misioneras y provocativas» (Fdez.-Martos).

Dada la confidencialidad cultural de nuestra fe, habríamos de aprovechar misioneramente estos espacios (X. Quinzá). En primer lugar la familia, ya lo dije. En segundo lugar las ocasiones cara a cara (cf. EN 46). Formulado de otra manera, lo que San Ignacio llamaba «conversaciones espirituales». Es decir, conversaciones donde se alcanza la intimidad sobre temas hondos de la vida y de la fe, donde predomina el clima de diálogo y confianza, donde se puede exponer con humildad caritativa lo bueno que Dios ha sido con uno.

(11) Me parece que no anda lejos de la situación española lo que el obispo alemán F. Kamphaus cuenta en un libro muy reciente: «¿De qué va en definitiva el cristianismo? Cuando estoy con adolescentes que se preparan para la confirmación, se produce en no pocas ocasiones un diálogo sobre esta cuestión. Entonces yo les devuelvo la pregunta: ¿Cuál es el principal mandamiento para el cristiano? Con toda regularidad la respuesta es: ¡amar al prójimo! ¿Eso es todo?, pregunto de nuevo. ¡Silencio en toda la línea! Hasta ahora nunca he experimentado que alguien mencionara el amor a Dios. Ser cristiano significa para la inmensa mayoría de los contemporáneos (no sólo para los adolescentes) amar al prójimo, caridad, solidaridad. Con esto se termina. ¡No así para Jesús! Para El empieza con Dios. Para El no está todo dicho con la frase: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22, 39). Dice previamente, en primer lugar: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, toda tu mente y toda tu alma» (Mt 22, 37)» (trad. mía de: F. KAMPAUS, *Priester aus Passion*, Freiburg, Herder, 1994 (1993), pág. 139).

(12) El Sínodo Europeo (dic. 1991) nos convocó precisamente a ser testigos de Cristo.

Personalmente me preocupa que en algunos ambientes eclesiales solamente ofrezcamos plazas en hoteles de cuatro o cinco estrellas. Me explico. Entendemos que sólo se es cristiano si se pertenece a una comunidad, que se reúne periódicamente en un grupo pequeño con revisión de vida, se asiste a las reuniones del conjunto de la comunidad más amplia, se hacen ejercicios espirituales todos los años, se mantiene una dirección espiritual frecuente, se vive un compromiso por los pobres dedicándole unas horas semanales, se dedica un rato largo a la oración diaria, etc. Un grupo de unas doscientas personas en este régimen absorbe las energías creativas de dos sacerdotes. ¿Qué ofrecemos a las masas para que mantengan, profundicen y cultiven su fe (cf. EN 57)? ¿O es que hemos renunciado a ellas de antemano?

No podremos ser misioneros sin ser de alguna manera provocativos en nuestra cultura como lo fue Jesús en su tiempo (A. Alvarez Bolado). Bastaría con que nuestra vida resultara incomprensible y desconcertante sin la hipótesis «Dios» (Fdez.-Martos). Entonces la gente diría: «a éste le pasa algo y encima se le ve con el rostro iluminado».

A modo de conclusión

EL Mesías ya ha venido y ha vencido al mundo. El es nuestra paz y nuestra fuerza. No carguemos con una responsabilidad que nos agote y abrume. Habremos de dar cuenta de si hemos ido a la viña (Mt 21, 28-32), si hemos invertido nuestro pobre talento (Mt 25, 14-30). No de la marcha global de la historia ni de la suerte final de toda la Iglesia de Jesucristo. El servicio a la fe nos invita a una cura de humildad, sinceridad y sencillez. Ya hemos recibido el Espíritu Santo (Jn 20, 22), ¡ojalá encienda nuestros corazones!